

Nacida en Maisons-Laffitte, Elvire Goulot tiene un gusto especial por los caballos, que pinta de un modo notable, y por la equitación.

A pesar de que ya no tenga ocasión de montar a caballo, a menudo sueña con ello y cuando tiene problemas se consuela imaginándose grandes cabalgadas.

Ha visto caballos maravillosos en los famosos establos de su ciudad natal, pero aquellos que recuerda con más placer son los tres caballos enganchados a la troika de su amante, el gran duque Andrés Petróvich.

Tan blancos como la nieve, eran los caballos más hermosos de toda Rusia. Estaban valorados en un millón el ejemplar. Sus colas caían casi hasta el suelo. Iban como el viento y el cochero que los guiaba era el más gordo que pudiera haber.

Desde la infancia, Elvire tuvo un espíritu agudo y una memoria notable. No ha sido nunca creyente, pero jamás ha dejado de ser supersticiosa. Sus sueños siempre se han

dirigido a las cosas del amor. De pequeña soñaba con agujas, estacas y barreras, lo cual, según el testimonio de cierta escuela, es significativo.

Su primer amante fue un médico, hombre casado a un tiempo muy amable y muy libertino. La tomó cuando ella tenía quince años. Él tenía treinta y seis. Estaba ligeramente enferma, y había venido para curarla. Era uno de esos hombres delgados que, conocedores de todos los refinamientos del amor, corrompen el espíritu de las mujeres sin saber hacerse amar sinceramente. Su relación comenzó con un escándalo, pues la madre de Elvire descubrió el pastel. El seductor fue acusado, y si se libró fue sólo gracias a la declaración de Elvire, que afirmó ante los jueces que el acusado no la había tomado virgen. Fue absuelto, y le guardó por ello un profundo agradecimiento.

Una vez dado el primer paso, Elvire se vio entregada a la depravada educación de ese Georges, el médico, que le inculcó junto con el gusto por las mujeres todo aquello que se puede saber del vicio.

Durante el invierno de 1913, la llevó a Montecarlo, donde la dejó sola al tener que regresar precipitadamente a París. Fue en el Casino donde el viejo Replanov, el primer abogado de Petrogrado, que entonces era San Petersburgo, se fijó en ella y le aconsejó que lo siguiera a Rusia.

«Será feliz —le decía—. Reemplazará a mi hija que ha muerto, y a quien se parece usted. Venga, no le faltará de nada. La trataré como si fuera mi hija.»

Y respetuosa pero apasionadamente, la besaba en la punta de los dedos.

Replanov partió el primero y, como Georges tardaba en regresar, Elvire se decidió a partir para Rusia. Fue a comprar su billete a la Compañía Wagons-Lits, mas era y parecía

tan joven que hubo de obtener el consentimiento previo de su padre a quien el viejo Replanov escribió una carta, un verdadero monumento a la hipocresía, pues en cuanto Elvire estuvo en Petrogrado la vendió a una asociación de libertinos de la que formaba parte y ella se convirtió en la amante del gran duque Andrés Petróvich. Pasó siete meses en Rusia y, de esa estancia con los moscovitas, me habló una vez de la siguiente manera:

«El gran duque, mi amante, tenía veintiséis años. Era muy guapo. Jamás he visto un hombre tan guapo ni tan brutal. Amaba a las mujeres y a los muchachos. Era más corrupto que Georges en el sentido de que la crueldad dominaba todos sus escrúpulos, y el orgullo casi lo hacía delirar. Las mujeres, francesas en su mayoría, que eran amantes de los otros libertinos, no eran ni jóvenes ni seductoras. Eran tan sólo, por lo que me pareció, mujeres de negocios que se prestaban a todo aquello que una imaginación depravada en extremo pudiera sugerir a sus amantes. La más guapa era una rusa. Era también la más lasciva, y sus gustos concordaban con los de los hombres que nos rodeaban. Tenía un saque inimaginable, tanto para la comida como para la bebida, y jamás he visto mujer que pudiera beber tanto champán como ella.

»Recuerdo una orgía en casa del general Breziansko; había allí una cincuentena de comensales, entre ellos dos grandes duques, y, cuando se mandó a los criados retirarse, esa joven rusa, tras ponerse tal y como vino al mundo, cual bacante desmelenada y frenética se metió debajo de la mesa, dando ocasión a todos aquellos que le gustasen —fueran hombres o mujeres— de manifestar la vivacidad de sus sensaciones, desencadenando el regocijo de los asistentes.